

2º D.PASCUA. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 20,19-31.

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: -Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.

Jesús repitió: -Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

-Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: -Hemos visto al Señor.

Pero él les contestó: -Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: -Paz a vosotros.

Luego dijo a Tomás: -Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Contestó Tomás: -¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dijo: -¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre.

¡SEÑOR!, QUIERO CREER

La lectura del Evangelio de hoy relata, de nuevo, la **«manifestación del Señor»** a los apóstoles y el **«convencimiento del discípulo incrédulo»**, el que decía, **«si no meto mi mano en su costado, no creeré»**. Era el apóstol Tomás, uno de los doce discípulos, el que no dio crédito ni a las mujeres ni a los varones cuando le anunciaban **«la resurrección del Señor»**. Y curiosamente, después sería uno de los apóstoles que iba a ser **«enviado»** a predicar el Evangelio.

Dice el Evangelio que **«ocho días después»**, estaban otra vez los discípulos reunidos y Tomás con ellos y nuevamente se les presenta Jesús. Y tras el saludo, **«paz a vosotros»**, se dirige a Tomás: **«Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente»**. Y Tomás se rinde a la evidencia: **«Señor mío y Dios mío»**. Y Jesús concluye: **«Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído»**.

Insistiendo en la **«inicial incredulidad»** de Tomás, el Evangelio sale al encuentro del **«hombre de la era tecnológica»**, esa persona que no cree más que en lo que puede verificar, en lo que puede ver o tocar. Podríamos decir de Tomás, que es **«nuestro apóstol contemporáneo»**.

San Gregorio Magno decía que, con su incredulidad, Tomás nos ha sido más útil que todos los demás apóstoles que creyeron enseguida. Pues actuando de tal manera podría decirse que ha obligado a Jesús a darnos una **«prueba tangible de la verdad de su resurrección»**. Por ello la fe en la resurrección ha salido beneficiada con sus dudas.

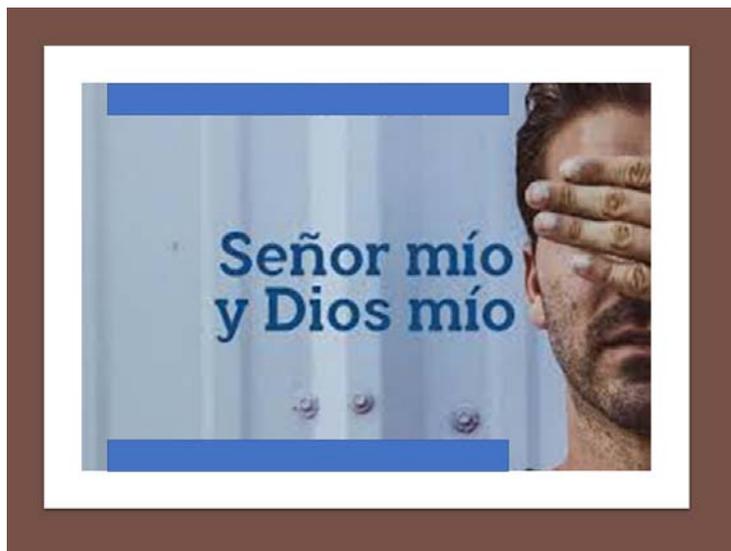
En los tiempos actuales esto es de rabiosa actualidad a la vista de los **«numerosos Tomás de hoy»** los que se dicen **«no creyentes»**. **«La crítica y el diálogo»** con los no creyentes, cuando se desarrollan **«con respeto y lealtad»**, son de gran utilidad. Lo primero porque nos hacen **«ser humildes»**. Nos obligan a tomar nota de que **«la fe no es un privilegio»** o una ventaja para nadie. No podemos imponerla ni demostrarla, sino **«sólo proponerla y mostrarla con la vida»**, aportando pruebas de nuestra resurrección.

Nos dice el apóstol San Pablo: **«¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y, ¿si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?»**. Y es que la fe, en el fondo, es un don, no un mérito, y como todo don no puede vivirse más que **«desde la gratitud y desde la humildad»**.

La relación con los no creyentes nos ayuda también a **«purificar nuestra fe»** de representaciones burdas. Con mucha frecuencia, lo que los no creyentes rechazan no es al verdadero Dios, al Dios viviente de la Biblia, sino a otro dios, **«una imagen distorsionada»** del verdadero Dios, que los propios creyentes hemos podido contribuir a crear a lo largo de la historia.

Rechazando a este Dios, los no creyentes nos están obligando a **«volvernos a situar tras las huellas de Jesús, tras las huellas del Dios vivo y verdadero»**. El Dios de Jesús está más allá de cualquier representación y explicación que seamos capaces de ofrecer y, sin embargo, está muy acá, pues lo encontramos en cualquier lugar y a cualquier hora en **«nuestros prójimos»**, máxime si están necesitados. En definitiva, se trata de no fosilizar o banalizar a Dios y sí de aportar a los demás, pruebas evidentes de nuestra fe, de **«nuestra resurrección»** a la verdadera Vida.

Este Evangelio es una buena ocasión para expresar fervientemente el deseo de que **«Santo Tomás tenga hoy muchos imitadores»** no sólo en la primera parte de su historia, la de su incredulidad, sino, especialmente, en la parte final, en aquel magnífico acto de fe que le llevó a exclamar: **«¡Señor mío y Dios mío!»**



Tomás es **«también imitable»** por otro hecho. En los momentos de incredulidad, **«no cierra la puerta»**, no se aferra a su postura y se desentiende de todo, dando por resuelto el problema.

A Tomás le encontramos **«ocho días después»** con los demás apóstoles en el cenáculo. Si no hubiera deseado cambiar de opinión, si no hubiera deseado **«creer»**, no habría estado allí.

Tomás quiere ver, quiere tocar. Tomás está **«en búsqueda»**.

Y al final, **«después de que ha visto y tocado»**, dirigiéndose a Jesús exclama, no como un vencido, sino **«como un vencedor»** **«¡Señor mío y Dios mío!»**.

A nosotros esta situación actual que estamos viviendo nos lleva a preguntarnos. **«¿Dónde fundamento la razón de mi vida?»** ¿Desde el tener o desde el ser? **«¿Desde este Dios que me plenifica o desde el vacío?»**

Ningún otro apóstol se había lanzado todavía a proclamar con tanta claridad **«la divinidad de Cristo»**. Nos toca ahora a nosotros seguir los pasos de Tomás. Siempre es buena la oración, máxime si se trata de discernir. Decirle al Señor: me cuesta creer, me cuesta verte, me cuesta descubrir la verdadera Vida, pero **«¡Señor!, quiero creer»**. Quiero llegar a poder decir, como Tomás, **«¡Señor mío y Dios mío!»**. **«¡Señor, que crea!»**. ¡Que así sea!